

Chilenos, amigos...

Chilenos, amigos, también aquí, en nuestro país, estáis dando testimonio vivo de vuestra situación. Algunos poniendo en juego la salud con una firme y tenaz huelga de hambre. Deseáis que el mundo no olvide lo que ninguna persona civilizada puede olvidar. Otros realizando una intensa campaña en pro de las libertades que os robó el látigo del general opresor. Todos unidos, porque sabéis que es la única manera de no ser vencidos definitivamente.

No es la primera vez que, desgraciadamente, pasáis hambre. Antes, hace ya bas-

por **EDUARDO ALVAREZ PUGA**

tantes años, sufristeis el calvario de un país colonizado. Fue aquella el hambre del subdesarrollo, de la explotación: el hambre de los más para hacer posible el enriquecimiento de los menos. Después, en tiempos del «compañero Allende», padecisteis el hambre que os impuso el cerco del imperialismo capitalista, cuando quisisteis que se restituyera al pueblo chileno lo que le habían robado. Aquella fue una hambre justa, compartida

por todos, el hambre responsable de un pueblo que quiere romper definitivamente las cadenas con que fue atado durante siglos. Incluso podría decirse que fue un ayuno preñado de esperanzas, alegre. Resulta conmovedor que un pueblo humilde, carente de instrucción, reaccionara en aquellos momentos difíciles aumentando el número de votantes a vuestro favor, un ejemplo de madurez cívica que asombró a medio mundo.

La huelga de hambre de ahora tiene unos caracteres distintos, pero también nobles y ambiciosos. Deseáis que el mundo no olvide la tragedia que vivió vuestro pueblo el día que los tanques y cañones rompieron la democracia ya que, en definitiva, fue la tragedia de todos los hombres que se sienten optimistas ante el futuro, que son conscientes de la amenaza que representa para todos la existencia de hombres con la mentalidad y las actuaciones de Pinochet.

Chilenos, amigos, compañeros, estáis aquí ganando el duro pan del exilio, como en 1939 muchos ciudadanos nuestros que emigraron a América, con las mochilas llenas de esperanzas democráticas, soñando con retornar algún día, cuanto más pronto mejor. No deseo, no deseamos muchos, que os ocurra lo que a otros patriotas nuestros que murieron sin poder volver a pisar nunca la tierra que tanto añoraban. Siempre hay un dictador dispuesto a cortar las alas a la imaginación popular, a matar incluso con tal de no renunciar a ningún privilegio.

Vuestra lección, chilenos, no fue vana. Pusisteis a prueba la capacidad de resis-

tencia de las oligarquías cuando se intenta acometer seriamente un proceso de reforma de las estructuras económicas, políticas y sociales. Teniendo en vuestras manos los resortes del poder, tuvisteis la generosidad de respetar escrupulosamente todas las reglas de la democracia formal. Jugasteis en campo contrario e ibais ganando. Era demasiado. Por eso el lobo que se quiso disfrazar de caperucita tuvo que enseñar sus afilados dientes, sus orejas de espía a sueldo, su boca para vomitar calumnias e infamias. Las cosas quedaron más en su sitio. Todos salimos ganando.

Chilenos, amigos, hoy, vuestra lucha es la nuestra, la de todos los que creen, en definitiva, en una humanidad más justa, más libre, más honrada: con hombres-compañeros en vez de hombres-enemigos.

Chilenos, amigos, gracias.

buenos días

Cárceles

La libertad es, en esencia, el estado natural del individuo. Las libertades, existencialmente, se especifican y reglamentan a nivel ciudadano. Dicho de otro modo: el hombre reduce su libertad en libertades para, con ello, adaptarse a las exigencias que plantea la vida en común. De ahí que quienes traspasan la frontera de esa exigencia, muchas de ellas mutables, se vean privados de sus libertades. En eso se sustenta el sistema penitenciario que es uno de esos **males necesarios** sobre los que construimos nuestro sistema de vida común.

En España, y como consecuencia del uso restringido y parcial que de ese entendimiento hizo el régimen anterior, asistimos ahora a una permanente y crispada contentación de quienes se ven privados de libertad. Dando por hecho de que ya nadie lo está en razón de sus ideas, lo que tampoco es del todo cierto, debe admitirse que la privación es una pena que corresponde a alguna culpa. Puede hablarse, a partir de ahí, de reformas del sistema pe-

nitenciario, de humanización de las cárceles, de búsqueda de procedimientos redentores o de cualquier otro avance o mejora; pero no puede negarse la necesidad social de la pena. Y eso es lo que hay que tener muy claro.

El que los reclusos se autoleccionen, salgan de las cárceles de media España como quien entra en su casa, se amotinen o se pasen por la entrepuerta la autoridad de los funcionarios a quienes ha sido encomendada su custodia es, sencillamente, intolérable. El director general del ramo, señor García Valdés, que llegó al cargo envuelto en antecedentes democráticos y en palabras tan hermosas como huecas, está haciendo el ridículo. La autoridad es un valor necesario del que no puede abdicarse y menos aún en los reductos en donde purgan su culpa quienes, previamente, la vulneraron. Ya sé que decir estas cosas no es popular, pero creo que hay que decirlas en bien de las cárceles, de los reclusos, de la sociedad y de la democracia.

MARTIN FERRAND